

La luz de Sorolla y Alicante

Discurso de ingreso como Académico Correspondiente en la Real Academia de Cultura Valenciana.

Alicante, Salón Imperio. 27 de febrero de 2015.

Alicante logró el 26 de julio -San Joaquín, por cierto- de 1490 el título de ciudad por mor de un real decreto firmado en Córdoba por el monarca Fernando el Católico, con el cardenal Mendoza como testigo, va a hacer, pues, 525 años. Pero quince siglos atrás de aquel acontecimiento, César Augusto, el primer emperador del Imperio Romano, le concedió el rango de *municipium* a Lucentum por lo que podemos hablar de esta capital como una población bimilenaria cuya conmemoración vengo años reclamando.

Si ya el nombre de Lucentum nos aproxima al término 'luz' pues en latín *lucens lucentis* significa luminoso y los alicantinos somos llamados también lucentinos, personajes de muy diversa condición y origen han quedado prendados por esa luminosidad que aquí se contempla y se goza desde los tiempos más remotos.

Gabriel Miró, el inmenso prosista alicantino que sintió como pocos el amor a su tierra y supo describirla con el detalle de un pulcro orfebre de la palabra, dejó escrito: "Donde no se ve el mar se le adivina en la victoria de la luz".

Y nuestro querido Vicente Ramos, en la introducción que le pedí ante el primer libro donde yo participé escribiendo varios capítulos y coordinándolo en 1982, llamado 'Tierras alicantinas', manifestaba de la capital: "Desde la arena, es asunción de un pueblo hacia la luz".

El poeta malagueño Salvador Rueda llamó a Alicante "cegadora de luz y de belleza"; la última duquesa de Alba dijo que "es una maravilla la luz que tiene esta ciudad; nunca he visto otra más bonita". Y el actor norteamericano Bing Crosby quedó prendado de la misma hasta el punto de decir: "ya quisiéramos allá poseer tanta luz".

Por ello han sido muchas las películas que se han rodado en esta tierra de tal modo que cuando en 2005 se inauguró el complejo audiovisual de 320.000 m² de los cuales 11.000 m² son platós cinematográficos, se le llamó 'Ciudad de la Luz'. No podía ser de otra manera.

Y con la luz, los colores. Otro ilustre personaje de esta provincia, el monovero José Martínez Ruiz 'Azorín', recordaba: "Pasear por la línea rosa de la ribera junto a la línea azul del mar. Costas lejanas: maravilla de matices suaves en la lejanía; concierto magnífico de grises, rosas, amarillos y azules".

Y con los azules, los blancos, tal vez los de 'Akra Leuka' y 'Castrum Album', que conforman la bandera de Alicante, aquellos que hicieron decir a Camilo José Cela: "Y a orillas de la mar de Alicante, señora, que es de color zafiro como se sabe, y tiene los sentimientos azules y blancos, igual que un joven pájaro con toda la vida por delante, lo mágico se hace cotidiano...".

De esta manera, esa luz y esos colores del Mediterráneo nos acercan al luminismo valenciano, la corriente pictórica que se convierte en nuestra particular versión del impresionismo francés donde brilla, nunca mejor dicho que con luz propia, Joaquín Sorolla y Bastida, intérprete magistral de aquella definición de Antonio Gaudí respecto a que la pintura es la descomposición de la luz por el color.

Todos los que han escrito de su obra inmensa y prolífica que supera los 2.200 cuadros catalogados, han destacado precisamente la luz, recuperando, según Florencio de Santa-Ana, que fuera director del Museo Sorolla, la magia de Velázquez, plasmando con rotundidad los efectos sorprendentes de la luz y del color con su gruesa y gran pincelada.

Es mi deseo congradar, acercar, enlazar a Valencia y Alicante a través del más grande de los pintores de la luz cuyos vínculos con esta tierra plasmaré a continuación. Y ha querido el destino que ello lo haga un 27 de febrero, el mismo día en que nació Sorolla hace 152 años.

No se trata de hacer una aproximación a su biografía tan conocida, sino de buscar qué supusieron en su trayectoria artística los espacios y las estancias alicantinos, incluida esta entidad en la que nos encontramos, así como sus gentes. Van a ser Sorolla y Alicante entre dos luces.

La primera persona que hallaremos será la de Luis Santonja Crespo, marqués de Villagracia, natural de Biar, rico hacendado de múltiples posesiones, diputado conservador por distintas circunscripciones alicantinas y senador vitalicio desde 1877 cuya hija María Luisa Santonja Almella casó con Eleuterio Maisonnave Cutayar, presidente que fue de este Casino en 1868 amén de primer alcalde democrático de Alicante y tres veces ministro con la I República, del que este año conmemoramos el 175 aniversario de su nacimiento y el 125 de su muerte.

Pues bien, Santonja, residiendo en Valencia facilitó el ingreso de Sorolla, huérfano de padre y madre con apenas dos años de edad y escaso de recursos, como alumno de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos en 1878 y además consiguió algo que le supuso no cortar en seco su periodo de formación que ya evidenciaba una deslumbrante

actividad pictórica, impedir que nuestro personaje hubiera de realizar el servicio militar que duraba entonces tres años en activo, posibilitando, con la llamada redención a metálico que consistía en pagar 1.500 pesetas a la Caja del Estado, que se convirtiera en soldado de cuota, no tener que ir a filas y evitar jugarse la vida en el norte de África o la isla de Cuba.

Coincidiría en la Escuela de San Carlos con el alcoyano Fernando Cabrera Cantó, tres años más joven, ambos ayudados en su juventud por quienes acabarían siendo sus suegros y seguidores de una trayectoria pictórica parecida en cuanto a su evolución temática pues, tras el lógico periodo academicista, pasaron de la lúgubre pintura de denuncia social al costumbrismo más colorista. Cabrera es llamado el 'Sorolla alicantino' y le haría a finales del XIX un retrato magnífico al pintor valenciano, sentado con una paleta en su mano izquierda y una figura femenina detrás.

Cuando marcha pensionado a Roma en 1885 contactará con otro pintor alcoyano, Emilio Sala Francés, del que recibirá clases. Diez años después coincidirían en París y Sorolla, ya consagrado, lo notó dolido con su éxito. En la capital italiana trabará amistad, formándose ambos en la Academia Española de Bellas Artes, con el alicantino Heliodoro Guillén Pedemonti del que hablaremos más adelante. Esta Academia se fundó gracias a la iniciativa del famoso político y erudito oriundo de esta tierra Emilio Castelar Ripoll, de padre alicantino y madre eldense.

Siguiendo un orden cronológico digamos que a comienzos de octubre de 1896 se dirige Joaquín Sorolla a Dénia en busca de viñedos para pintar; pero no encuentra lo que desea aunque en carta a Clotilde García Del Castillo, su esposa, fechada el día 6 dice de esta población: "la situación es admirable, montaña y mar, casas a la misma orilla del agua...".

Al día siguiente parte para Jávea y aquí surge la admiración: "Sublime, inmensa, lo mejor que conozco para pintar. (...) Este es el sitio que soñé siempre, mar y montaña pero ¡qué mar!... el cabo de San Antonio es otra maravilla, monumento de color rojizo, enorme, inmenso y su color en las aguas de una limpieza y un verde brillante puro, una esmeralda colosal". Prolífica será su obra pictórica sobre los paisajes litorales de Jávea, según nos dice "gozando de un trozo de mar tan azul y violento que alegra el alma". Colores mutantes del Mediterráneo, calmo o encrespado.

También le atrajo el tema de la elaboración de la pasa en la Marina Alta, realizando numerosos lienzos dispersos por museos nacionales y extranjeros.

Las abundantes cartas que Sorolla escribe a su amada Clotilde son el mejor testimonio documental que hallamos para conocer su actividad artística lejos de casa, contándole a ella lo que hacía y pensaba de los lugares y sus gentes, a veces muy crítico desde su sinceridad y su estado de ánimo, porque no se imaginaba que algún día fueran a ver la luz en tres tomos y casi mil doscientas páginas esos epistolarios a su mujer y a su gran amigo Pedro Gil Moreno de Mora.

Vamos ahora a centrarnos, porque es el núcleo de este parlamento, en la estancia de Joaquín Sorolla en la ciudad de Alicante en 1918-19.

Recordemos que el magnate y mecenas norteamericano Archer Milton Huntington le hizo a nuestro personaje el más agotador y monumental encargo en 1911, sus particulares visiones de España para decorar la biblioteca de la neoyorquina Hispanic Society of America que conformaron catorce paneles de óleos de gran formato, quedando excluida finalmente Portugal que también

formaba parte del proyecto.

El paisaje exótico de los palmerales ilicitanos y la recogida de los dátiles le atraían sobremanera para formar parte de la magna colección. Concluida casi toda ella pues era la penúltima obra que le quedaba, viaja desde Madrid el sábado 28 de septiembre de 1918 a la capital alicantina, arribando en el tren correo a la mañana siguiente, acompañado de su hijo *Quimet*, enfermo de sífilis y amores platónicos por la cantante Raquel Meller, y del pintor Alfredo Carreras, alojándose en el Reina Victoria Hotel del Paseo de los Mártires, es decir la Explanada, esquina con la calle Alberola Romero, antes llamada del Triunfo.

Recibido y cumplimentado por el alcalde Antonio Bono Luque, acudió al balneario 'Diana' de la playa del Postiguet, donde comió con sus amigos los pintores locales Heliodoro Guillén y Emilio Varela las que llamó "pequeñeces levantinas" pero sin arroz; visitó el Club de Regatas y el Casino para terminar la tarde en la plaza de toros viendo una novillada desde el palco de la peña 'La Taurina' y dando un paseo en lancha, contemplando por la noche la Explanada iluminada.

Resulta interesante conocer los primeros impactos que en la retina le produce la ciudad y narra a Clotilde el mismo día de su venida:

"La impresión de Alicante es seca, pero el mar es tan hermoso, la luz tan divina, que espero será lo que yo deseo. El día es de sol espléndido, acariciador, lleno de esa vida tan valenciana que parece vuelves a la infancia". Llega a decirle que el entorno le recuerda al Cabañal pero en más pequeño.

De la prensa alicantina, fue 'El Día', periódico de mayor tirada de la provincia, el que más espacio le dedicó a la

llegada y estancia del que llamó "ilustre valenciano, gloria de España y mago del color". Hasta publicitariamente se aprovechó su presencia en Alicante cuando durante dos días un anuncio, con visos de tratarse de un suelto periodístico, manifestaba que Joaquín Sorolla tenía el propósito de visitar el gran bazar La Ciudad de Roma de la calle Altamira nº 4 para admirar los objetos artísticos que en sus escaparates se exponían.

Alicante contaba con 60.000 habitantes y padecía la famosa y terrible epidemia de gripe del 18 que en esta ciudad causará 2.206 víctimas mortales y nada menos que 37.000 en toda la provincia cuyo censo era de unas 530.000 personas.

El hecho de que en la capital ilicitana, que tenía 33.000 habitantes, hubiera habido un incremento de casos, con más de 700 y doce muertos en la última quincena de septiembre por esta enfermedad vírica, pareció frenarle en un principio su visita a la ciudad de las palmeras que veía cómo el 10 de octubre la cifra de afectados de gripe ascendía a más de 3.000, el 10% de la población.

Con cierto reparo el 1 de octubre marcha con Guillén y Varela en automóvil pero sin entrar en el casco urbano, tomando unos apuntes y manifestando: "Estuve en Elche que es muy interesante para la obra por lo original, no parece Europa, es algo raro tantos miles de palmeras". Pero el comprobar que los dátiles estaban verdes y no se recogían hasta diciembre o enero le provoca cierta decepción. El 9 de octubre volverá en tren para realizarse bajo su control 16 fotos de dátiles, palmeras y datileros, muy probablemente con la cámara de un antiguo condiscípulo suyo de la Academia de San Carlos.

En efecto, en el número 1 de la calle Mayor, esquina con la plaza de Castelar, tenía su estudio el más famoso de los fotógrafos alicantinos de entonces, Manuel Cantos

Company, natural de Valencia, compañero de estudios de Sorolla con cuyo futuro suegro, Antonio García Peris, trabajaron ambos coloreando fotos, pretendiendo además a su hija Enriqueta. Al poco de llegar a Alicante fue a verlo y darse un afectuoso abrazo, haciéndole Cantos una fotografía de perfil.

Conocería en Elche Joaquín Sorolla al consagrado pintor local Francisco Rodríguez Clement, coetáneo suyo, interesándose por el tratamiento plástico que este artista le daba a las palmeras.

Durante sus viajes a la capital ilicitana, había contemplado a las afueras de Alicante, en el paraje llamado de Babel, un hermoso bosque de palmeras que le encandiló.

Pero Joaquín Sorolla sufre la que llama 'gripe pictórica', se siente muy envejecido a sus 55 años y además su hipocondriaco hijo tiene un temor obsesivo en contraer la enfermedad así que decide regresar a Madrid el 13 de octubre. Retornará ya sólo con Carreras un 22 de noviembre muy lluvioso y con la epidemia cebándose ahora en la capital que no sentía la buena nueva de la recién finiquitada I Guerra Mundial que asoló Europa.

El pésimo estado de la carretera a Elche, a menudo embarrada, lo que le provocaba perder mucho tiempo en hacer el trayecto en automóvil y además cargado con el lienzo y los útiles pictóricos, le anima a determinar hacer su cuadro para Nueva York en el Huerto del Carmen de ese palmeral alicantino que se hallaba junto al mar que tanto amaba y además era propiedad de un valenciano muy solícito llamado Juan Soler.

El 25 de este noviembre ya lo tiene decidido y escribe a Clotilde del paraje y la casa de la finca: "Tu sueño hecho realidad, ¡qué vista!, ¡qué panorama!, a los pies el palmeral y al fondo el mar con Alicante, algo único, algo

imborrable".

Sorolla era un pintor total en estado puro, escribía empleando valencianismos (*malaltet, dotoreo, escurar, bascós*) con letra correcta pero mala ortografía (*te se, andó*); en una carta se pregunta si humedad se escribe con hache. Pero cuando se siente admirado por algo, le fluye una buena prosa, a veces de honda carga poética, plasmando frases muy bellas. Veamos un ejemplo, combinación de colores y metáforas.

"Hoy está el mar tan azul que parece mentira, no hace viento, no se mueven ni las ligeras palmas y los racimos de dátiles sobre el cielo parecen una explosión de fuego. Ahora, a las cuatro y media de la tarde se está dorando el puerto".

El inicio del cuadro, que en principio iba a llamarse 'Elche: La recolección de dátiles' le entusiasma. Se levantaba a las siete y a las nueve estaba en el huerto: "Hoy seguí dibujando cada vez más enamorado del natural, tanto, que entre el mar y el sol espléndido, me parecía estar en mis felices días de playa. No hay más que Levante para la pintura".

Este pensamiento cabe reflexionarlo porque Sorolla realizó muchos paisajes dispares, sobre todo de España, también de parte de Europa y algo de Norteamérica. Igualmente retratos espléndidos pero, salvo en estos últimos casos, para él la pintura debía ser al aire libre. El estudio lo consideraba, según sus propias palabras, "un engaño".

Por eso el 30 de noviembre escribe: "La pintura cuando se siente es superior a todo; he dicho mal, es el natural lo que es hermoso". En carta a Pedro Gil añade: "Cuatro días hace terminé la composición de mi cuadro Elche y estoy muy contento porque puede ser una obra hermosa si Dios me acompaña".

Teniendo en cuenta que a finales del otoño y comienzos

del invierno se hacía de noche muy pronto y más cuando se seguía el horario del meridiano de Greenwich, antes de las cinco dejaba de pintar y dedicaba buena parte de las tardes a ver teatro y cine. Del primero alaba sobre todo al actor cómico Ramón Peña, asiduo del Principal con su compañía de zarzuela, opereta y vodevil.

Respecto al cinematógrafo, el Salón Moderno de la avenida de Alfonso el Sabio era el más selecto de Alicante y la película que le causó mayor impacto, única de la que deja constancia en sus escritos, fue 'Las sirenas del mar', una producción de Hollywood estrenada en Estados Unidos en septiembre de 1917 y en donde sale con sólo cuatro años la luego famosa actriz Loretta Young. Comenta que el ver a tantos niños bañándose en el mar le traía hermosos recuerdos de sus estancias en Jávea y de los cuadros que sobre este tema pintó allí.

También iba a menudo de compras, adquiriendo juguetes para su nieto *Quitet* así como joyas y alguna antigüedad para su mujer e hijas. Por ferrocarril les llegó a mandar embutidos de Busot que le habían encantado.

Y es que Sorolla era un muy buen comedor y fumador de puros; resalta que en casa de los Guillén descubre un "plato alicantino riquísimo", el arroz con costra, alabando igualmente las que califica de admirables paellas lo mismo que los salmonetes de la bahía.

Lee asiduamente la prensa donde el problema catalán le preocupa de manera especial. El 16 de diciembre se anuncia que tres días después la Mancomunidad de Cataluña proclamará el Gobierno Nacional Catalán si Madrid no atiende a sus reclamaciones entonces llamadas regionalistas. ¿Les suena? A la par, el diputado ultranacionalista vasco Luis Urrengoechea, asomado a la terraza de la Diputación de Bilbao llamó viles y canallas a los guardias de Seguridad que custodiaban el edificio.

¿Les sigue sonando? Nada nuevo bajo el sol un siglo después.

Se acerca la Navidad, adquiere unos turrónes para enviarlos a Madrid pero le dice a su familia que le sentaría bien a todos "una semana alicantina" en esas fechas aunque al final desistirán por lo complicado del desplazamiento para unos pocos días a lo que se unirá el hecho de que enfermaran su hija mayor María y su yerno el también pintor Francisco Pons Arnau.

Un soleado sábado 14 de diciembre pasea por el puerto y se encuentra con el periodista Casio de 'El Día', se hacen unas fotos en el Embarcadero Regio y le concede una entrevista donde reconoce que le sigue gustando la cerrajería que aprendió en su adolescencia y que el clima alicantino es tan agradable que se estaría aquí toda la vida. También afirma que por desgracia el pueblo español no es como otros que sienten la necesidad del arte.

Sorolla fue gran amigo de Vicente Blasco Ibáñez, que perteneciera a esta Academia de Cultura, y seguidor moderado de su ideario político republicano y obrerista cuyo sentido social aún latía en estos finales de 1918 en su alma cuando le dice al periodista alicantino:

"Yo creo que es una necesidad que al obrero se le faciliten cuantos medios necesite para que pueda desenvolverse lo más desahogadamente posible. El pan nuestro de cada día debiera ser gratuito para los obreros y también el transporte en los tranvías cuando se dirigieran al trabajo".

Llega la Nochebuena y hasta esa misma mañana pinta y deja escrita para la posteridad una frase que sería por sí misma un precioso reclamo turístico de Alicante: "La excitación de esta luz me conmueve cada día más".

Cenará ese 24 de diciembre con la familia Guillén-Tato en

la magnífica casa-estudio que tenía en un ático de la Explanada, marchando luego a la colegiata de San Nicolás para oír la Misa del Gallo que dice con humor se debe llamar así por los que emitían las monjas al cantar.

Digamos que su amigo y condiscípulo Heliodoro Guillén había nacido el mismo año que Sorolla -1863-; su padre, vicecónsul de México, comerciante y banquero, fue la tercera fortuna de Alicante; era Guillén Pedemonti un hombre de elevados recursos económicos, muy caballeroso y al que gustaba gastar bromas equívocas con su hermano gemelo Ramón. Su hijo, Julio Guillén Tato, fue contralmirante de la Armada, director del Museo Naval de Madrid durante cuatro décadas y secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia.

Seguirá Sorolla con su actividad social tan frenética como la artística: partidas de billar en el Casino, reunión en el palacete del marqués del Bosch de la calle Mayor para conocer su impresionante biblioteca, exposición de aguafuertes de Rembrandt, recorrido por el interior de un submarino surto en el puerto y visita al compositor Óscar Esplá en su finca 'Ruaya' de la huerta alicantina donde descubre unas primerizas ramas de almendro en flor que le envía a su mujer por vía férrea.

La Nochevieja la pasará en casa del presidente de la Audiencia, reconociendo que se aburrió porque en eso de los bailes era un "elemento pasivo" pero alaba la amabilidad mostrada por los jóvenes que trató diciendo "son unos niños muy finos los chicos alicantinos".

El día de Reyes coincide en Alicante con otro valenciano insigne, Mariano Benlliure, condiscípulo suyo y de Guillén en Roma, que se llevará en tren un pollo y unos dulces para Clotilde y los juguetes para *Quitet*, una tartana, una guitarra y una escopeta. El pobre escultor, a la sazón

director general de Bellas Artes, se marchó cargado de regalos.

Después de treinta sesiones de trabajo, termina el 9 de enero de 1919 el cuadro que para evitar confusión y suspicacias en quien se lo encargó llamará 'Elche: El Palmeral' a pesar de pintarlo todo él en Alicante.

La víspera moriría otro pintor alicantino muy afamado y que también trató con éxito el costumbrismo valenciano, el oriolano Joaquín Agrasot, expresando Sorolla al respecto: "lo tengo todo el día en mi cabeza y lo estoy pasando tristemente". Propuso se le erigiera un monumento en Valencia, busto instalado en los jardines de la Glorieta, sufragado por suscripción popular, colaborando en ello el Ayuntamiento de Orihuela mientras el de Alicante aprobaba por unanimidad rotular con su nombre la céntrica calle llamada hasta entonces de Delicias.

Hay que decir que los pintores alicantinos de los que dejó por escrito Sorolla los mejores comentarios fueron Lorenzo Casanova, alcoyano fallecido en 1900 a cuya viuda visitó estando en Alicante el 7 de octubre de 1918, Fernando Cabrera al que quiso ir a ver a Alcoy el 14 de enero de 1919 pero tuvo que anular el viaje al estar aquél enfermo, considerando a ambos buenos pintores, y sobre todo Emilio Varela, discípulo suyo entre 1905 y 1907 y del que le comentó a Óscar Esplá: "*Valerita* posee la capacidad de captar el color con mayor sensibilidad que yo mismo".

De los dos artistas plásticos capitalinos que tenemos en esta hermosa sala sobre nuestras cabezas, no emitió opinión crítica alguna. Guillén era un viejo amigo de juventud y respecto a Bañuls sabemos que fue a visitar su estudio. Vamos a hablar de ellos enseguida a raíz de una iniciativa ejemplar que tuvo Sorolla y por desgracia no cuajó.

Le extrañaba que Alicante no poseyera un Museo de Bellas Artes y se lo propone al alcalde, Antonio Bono Luque, industrial y comerciante al que había calificado como un hombre "sosito y aburrido" el cual le encargó la redacción del proyecto a su compañero el concejal liberal Daniel de Alarcón quien el sábado 4 de enero de 1919 presentó la moción ante el pleno del Ayuntamiento.

Había que constituir un Patronato que se responsabilizara de buscar socios protectores que aportasen recursos económicos, integrado por el presidente de la Diputación, Celestino Pons Albi, que era precisamente de la admirada Jávea, el alcalde Antonio Bono, un concejal-delegado y los artistas Heliodoro Guillén y Vicente Bañuls.

Hagamos un inciso al citar a ambos para decir que la parte central de estas pinturas del techo que rodean la gran lámpara de cristal de Bohemia de este Salón Imperio, lienzos adheridos que dan la sensación de ser frescos, la realizó Heliodoro Guillén en 1908 y simbolizan el triunfo de la naturaleza con la irrupción de la primavera y sus flores repartidas por jóvenes doncellas.

Por su parte, Vicente Bañuls Aracil plasmó en el lado norte de la sala una alegoría de la música y las bellas artes, con figuras mayoritariamente femeninas de contornos duros que nos recuerdan que Bañuls era fundamentalmente escultor. Suyos son los monumentos capitalinos a Maisonnave y Canalejas así como la fuente de La Aguadora en la plaza de Gabriel Miró.

Sorolla manifestó que había visto obras muy interesantes en la Diputación y en este Casino, dignas de figurar en el museo; que él mismo le donaría dos cuadros suyos y que se pondría en contacto con amigos pintores para engrosar sus fondos.

Ante tal generosidad, Alarcón propuso que la calle donde se ubicara se llamase de Joaquín Sorolla a lo que se negaron sorprendentemente y sin aducir motivos los concejales republicanos. Hablóse de un almacén de la calle Castaños, a espaldas del Teatro Principal, que había sido academia de la Banda Municipal para habilitarlo como museo de artes plásticas.

Pues bien, o mejor dicho, pues mal, de aquello nunca más se supo, hubo que esperar más de ochenta años para que Alicante tuviera un museo de bellas artes, el MUBAG; y además, de Sorolla no es que se desconozca en esta ciudad obra alguna suya sino que tampoco en general se sabe de cuadros de temática alicantina que dijo haber pintado aquí del puerto, el Postiguet, el castillo de Santa Bárbara, el cabo de Santa Pola, la Torre de Rejas y otros lugares de la huerta. Tal vez estén celosamente guardados en colecciones privadas. Algún historiador local ha dicho que había cumplido encargos para los aristócratas alicantinos marqueses del Bosch, Río Florido y Benalúa, barones de Petrés y Finestrat así como para otras familias de rancio abolengo.

Nuestro personaje fue muy correspondido en Alicante durante su postrera estancia. El Casino lo invitó a un almuerzo de socios distinguidos, el Club de Regatas lo hizo Socio de Honor y en su restaurante le rindió un homenaje de despedida la entidad cultural y recreativa 'El Cenáculo' que presidía el médico ilicitano José María López Campello.

Realizó también diversos viajes por la provincia (Busot, Benidorm, Calpe, Gata, cómo no Jávea, y por el sur Orihuela) mientras esperaba que se secara el cuadro y estuviera en condiciones de enrollar el lienzo y facturarlo en tren, cosa que hizo el 18 de enero de 1919.

Al día siguiente, nuestro personaje retornó a Madrid en el

coche-cama para siempre. Sorolla morirá en 1923, siendo un anciano hemipléjico de sólo sesenta años; y justo una década después el Ayuntamiento le dedicó una calleja céntrica pero impropia de apenas veinte metros de largo por seis de ancho, entre la Rambla de Méndez Núñez y la calle López Torregrosa.

Cierto sabor agridulce quedó si leemos la noticia que de su marcha sólo publicó 'Diario de Alicante' el 20 de enero: "Anoche regresó a Madrid el gran Sorolla. Anteayer facturó el soberbio cuadro pintado en nuestros palmerales y destinado a Nueva York. Ha sido verdaderamente lastimoso que el gran artista no haya dado a conocer a Alicante su portentosa obra que inmortalizará la belleza de nuestro paisaje en remotas tierras".

En 2018 se cumplirá el centenario de su estancia en Alicante. Sería un buen momento para rendirle el homenaje de gratitud que la ciudad le tiene pendiente.

Me alegraría que en el parque municipal de 'El Palmeral', donde Sorolla pintara su hermoso cuadro, se ubicase un mosaico de azulejería que reprodujera la obra o algún monolito recordatorio de tal circunstancia.

Llega el momento del epílogo. Éste ha sido un canto a la luz de Sorolla y Alicante, que son también esencia de Valencia, fundida con esta tierra tan cercana y a veces tan lejana.

Quiero concluir con unas estrofas del 'Canto a Valencia', poema de 138 versos, presentado bajo el lema "Luz..., Pájaros..., Sol...", primer premio en 1931 de un certamen literario del Orfeón Ilicitano y único que recibiera en su vida un todavía poeta imberbe de 20 años llamado Miguel Hernández, que viera las luces primera y postrera en Orihuela y Alicante, caído en la noche armado con la espada de la luz, en palabras de Pablo Neruda, y que de

esa luz tan magistralmente nuestra, plasmada en pinceles para la eternidad por Joaquín Sorolla, expresa en palabras un hondo sentir valencianista:

***¡Valencia...! ¡Orgullo mío!
¡Orgullo del que viera
en tu suelo feraz la luz primera!
Tierra donde la luz radiosa y brava
se desborda de un sol de oros sutiles,
y donde nunca acaba de ahitarse
el florecer de los abriles.***

Veamos, siempre, luz en la oscuridad y que a salir de ésta nos ayuden esas buenas gentes como vosotros que hoy me habéis acompañado, mirando a un mar de horizontes inquietantes que jamás nos deben borrar la esperanza de un mañana en paz.

Muchas gracias.